

## LOS SUSPENSOS EN JUNIO



Por  
FERNANDO PARIENTE

### ¿Es necesario evaluar?

### ¿Cómo entienden los niños la evaluación?

### Lo que queda detrás de un suspenso

*Por mal que un alumno haya hecho un examen final, por mal que le hayan ido las cosas a lo largo de todo el año, siempre, en junio, espera aprobar.*

*Por repulón que hayan sido los boletines de las cinco evaluaciones, muchos padres mantienen hasta el final una expectativa análoga.*

*En estas circunstancias, las notas de fin de curso son una tragedia familiar.*

**L**A profesión de maestro tiene, como todas, sus luces y sus oscuras sombras, sus facciones agradables y sus desagradables momentos.

Es reconfortante ayudar al niño a descubrir sus propios recursos, a orientarse a sí mismo en la vida, a abrirse a la relación con los demás, pero es también penoso tener que someterle al coste de un plan de estudios rígido, de un horario poco flexible, de un trabajo abrumador casi siempre a la monotonía. Es una actividad colmada de grandezas y arduidades, de grandes alegrías y al mismo tiempo de entornos límites, de utopías y de crudas realidades.

De entre todos los puntos negros, el más negro de todos es, a mi entender, la necesidad de juzgar, de medir, de poner notas, y no hacerlo sólo simplemente por las montañas de ejercicios que se acumulan en la mesa de cada profesor a medida que los niños avanzan en sus estudios, sino porque la propia tarea de juzgar se convierte en algo sagrado.

Algunos profesores tratan de suavizar esta tarea, de relegarla a días oscuros que intentamos rigidamente olvidar; minimizamos esta tarea argumentando que las notas no sirven para nada, pero es inútil porque a la hora de la verdad nuestros alumnos sienten que nuestro juicio es definitivo: su éxito o su fracaso dependen de él y muchas veces incluso su futuro. Nos ven sobre todo como jueces y ellos se juegan demasiado para que otras perspectivas y otras indagas prevalezcan sobre ésta.

### ¿Es necesario evaluar?

**L**OS estudiantes dicen que sí. Para el niño y para sus padres, con el fin de tener un punto de referencia, lo más objetivo posible, que les verifique de algún modo el avance en el aprendizaje; también para que el profesor verifique la posibilidad real de alcanzarlo de sus propios objetivos.

A veces se critica sólo al profesor por las notas que pone que los propios alumnos. Conseguir después de un curso de trabajo un alta tanto por ciento de suspensos, no cabe duda de que es un juicio condenatorio contra las dotes didácticas del maestro.

Sin embargo, la tarea de evaluar podría ser muy hermosa y estar lúcidamente ligada al proceso del aprendizaje, si pudiéramos de unas condiciones más favorables.

Tal vez evaluar es casi sinónimo de examinar, no se concibe así que evaluar sea emitir un juicio y que ese juicio se pueda emitir en cualquier momento, tal como suele hacer la concepción de muchas horas de clase y de observación del profesor sobre el trabajo del alumno. Hay que tener pruebas objetivas ante los ojos, en momentos de felices, escritas ante la mirada inescrutadora del profesor.

La modificación impone estas situaciones porque el profesor no puede seguir personalmente el aprendizaje de sus alumnos con la frecuencia necesaria ni puede registrar su trabajo en el momento en que se produce el fallo.

Así, a la hora de la verdad, evaluar se convierte muchas veces en someter el propio fracaso, reconocer que uno ha sido incapaz de enseñar y de ayudar a aprender a un alumno, inútil a la hora de estimularle para que se entregue con ilusión al trabajo.

Reconocerlo es duro y cuando se acerca el final de curso tratamos de evitar la situación; retemos las promesas, los amenazas, pero casi nunca conseguimos el objetivo de afianzar el deseo de aprender.

### ¿Cómo entienden los niños la evaluación?

**E**STUDIAR es convertirse para los niños en una carrera de obstáculos. ¡Apróbatelo un examen!, superaste un obstáculo en el camino hacia la meta. La meta es aprobar, naturalmente; aprender es algo que se pierde en la nebulosa de unos objetivos ideales, muy lejanos.

El niño se olvida, en este mundo que hemos creado alrededor de él, de que trabaja para aprender, y se entrega con desahogo a la operación de trabajar para aprobar, que es más rentable. Muchas son estrategias de acuerdo con ese presente y solo las actividades que puede para conseguir el ansiado objetivo de una nota positiva. Una vez conseguida... ya está! todos triunfados, y a por un nuevo obstáculo que saltar. Pero, a veces, el obstáculo no se supera y aquí es cuando empiezan a fallar las esperanzas. El suspenso no es más que una nota arcaica de incapacidad, de desigualdad ante el resto de la clase. El «suspenso» no le aporta al alumno ninguna información positiva.

La cosa se complica un poco más porque el profesor es consciente de la dificultad de «calificar» el esfuerzo. Todo el problema no pasaría de nuevo incidente, si, una vez dado el diagnóstico, que es la evaluación, estuviéramos muy clara la trayectoria a seguir y las posibilidades de una auténtica recuperación fueron positivas.

Pero no; uno es muy consciente de que el resultado negativo de junio es sólo eso, un fracaso ante el futuro, un fracaso, y que la recuperación es un alfiler que depende totalmente del esfuerzo personal del alumno en el verano.

Y para superar esta situación no basta que el profesor sea consciente del problema del alumno, que se-

ya definirlo y delimitarlo, porque de hecho se encuentran las mismas cosas antes del veredicto-condenatorio. «Dejar un alumno para septiembre» significa literalmente lo que la frase dice: abandonar y esperar a que vuelva para rellenar varios folios de preguntas y... ver qué pasa.

El alumno podría entender de otro modo la evaluación si desapareciera una serie de dificultades en primer lugar, la modificación de la clase; si se crea una clase coherente y el profesor le quedara, cuando meros, entre 120 alumnos por máximo. Apenas hay tiempo para una entrevista personal. Por otra parte, el rígido esquema escolar dividido en cursos, grados o niveles, con dos sesiones formales —en junio y en septiembre— nos obliga a convertir en un momento determinado la situación de un largo proceso. Aquí es cuando el alumno no se siente evaluado; se siente juzgado y sometido definitivamente.

### Lo que queda detrás de un suspenso

**L**O que hay detrás de un fracaso escolar es casi siempre dramático. Por mucho que lo minimicemos, los resultados escolares siempre son elementos que contribuyen a la devaluación de la propia imagen. Es difícil de mantener una visión positiva de sí mismo cuando un suspenso detrás de otro le obliga a vivir la humillación de los padres.

Después está el problema familiar; el problema de fondo es primer lugar, el que representa la desilusión de muchas expectativas paternales, agravado por la inquietud creciente del día de mañana, «que será de este hijo», «cómo podrá situarse en la vida».

Y, a las inmediatas, el problema dramático de cada día que atormenta al hijo para que estudie y trabaje, los castigos sin salir los domingos, las horas interminables de estudio sobre la mesa en un inútil intento de fijar la atención sobre el libro... todas esas cosas que minan y agrisan la convivencia entre unos y otros.

Las cosas se complican todavía más cuando interviene el dinero y la economía: perder un curso —especialmente si es en un centro privado— comienza a ser un mal aspecto.

Pero detrás de un suspenso queda, o debería quedar, una nueva esperanza: la que surge tras una entrevista profunda con el alumno y de las conversaciones que podemos mantener con los padres. Por supuesto que no es este el mejor momento para eso, a veces, el único es el que todos tenemos conciencia de nuestra función; nos esforzamos por situar al niño en su justa sitio: sus capacidades, sus intereses, su actitud y, de acuerdo con todo ello, hasta somos capaces de tratar una buena estrategia de recuperación. Pero este tema es un tema del que hablaremos largo en otro ocasión.